



ESCUELA DE GRANDES LIBROS

ANTONIO LASTRA

[El próximo otoño se inaugurará la escuela de Grandes Libros que La torre del Virrey ha preparado en colaboración con la Sede de Valencia de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y el Departamento de Filosofía de la Universidad de Valencia (<https://www.uimp.es/sedes/valencia.html?view=article&id=7045:escuela-de-grandes-libros&catid=36>). Es un viejo proyecto que ha inspirado numerosos seminarios de la Torre y al que querríamos darle continuidad, como a todo lo que tiene que ver con el espíritu. En las páginas que siguen ofrecemos una justificación de ese viejo y nuevo proyecto.]

The Platonic Academy, the model of all educational institutions up to this very day, was founded, in times which resemble ours, not to serve but to be served, was founded not with regard to the wishes or needs of the practical order but against it. It did prepare its students, it seems, to a life never outside its own scope. It imposed upon them rules whose origin was not submission but rather opposition to the practical order. It did not try to descend to a lower level but rather to elevate the practical order to its own. It is perhaps unique in this respect. Its heritage is the very idea of education. For to educate a person, is to lead him out of those regions in which he cannot see the light.

[La Academia platónica, el modelo de todas las instituciones educativas hasta el día de hoy, no se fundó, en tiempos que se parecen a los nuestros, para servir sino para ser servida; no se fundó con la mirada puesta en los deseos ni en las necesidades de orden práctico, sino contra esos deseos y necesidades. Preparaba a sus estudiantes, al parecer, para una vida que nunca quedara fuera de su alcance. Les imponía reglas cuyo origen no era la sumisión, sino más bien la oposición al orden práctico. No trataba de descender a un nivel inferior, sino más bien de elevar el orden práctico al suyo. Tal vez sea única al respecto. Su legado es la idea misma de educación, pues educar a una persona es alejarla de las regiones en las que no puede ver la luz.]

JACOB KLEIN

Commencement of 1947. Delivered at the 155th Commencement of St. John's College on June 9th, 1947

¿Qué tiene en común Platón, ausente de casi todos sus diálogos (significativamente del *Fedón*: “Creo que Platón estaba enfermo”), con el autor o los autores anónimos de *Las mil y una noches* (y sus traductores) o el *moy-mesme* con el que se presenta Montaigne al lector? ¿Cómo se transmite una escritura tan diversa y se fija en el tiempo? ¿Cuáles son sus géneros y sus intenciones? ¿Cuándo deja de ser contemporánea para convertirse en clásica o intemporal? ¿Cómo adquieren los libros de una manera ejemplar la condición de grandes libros?

“Un libro —escribió Kant con la ingenuidad característica de la mentalidad ilustrada— es un escrito (es aquí indiferente si se registra con pluma o tipos, en pocas

o muchas páginas) que, mediante signos lingüísticos visibles, representa un discurso que alguien dirige al público. El que *habla* al público en su propio nombre —sigue diciendo el autor de *La metafísica de las costumbres*— es el *escritor (autor)*. El que habla públicamente a través de un escrito en nombre de otro (del autor) es el *editor*.¹ Nadie, probablemente, asociaría esta definición con la *Iliada* o *El hacedor*: ¿se dirige $\mu\eta\nu\iota\varsigma$ (*menis*), la primera palabra de la literatura occidental, a un público? ¿Quién escribió el ‘Poema de los dones’? ¿Reconocemos a ese “alguien” en la Biblia o en la poesía cognitiva de Emily Dickinson o en el escritor cuyo lema era *De nobis ipsis silemus*? ¿Cuál es la ecdótica de *Las mil y una noches*, que incluye la *lingua franca* de sus innumerables traductores? ¿Son Hamlet o don Quijote el nombre de otro? ¿Sobrevive el libro a la muerte del autor? ¿Cómo hemos de leer los libretos de ópera, cuya temática va de la revisión de la mitología a las delicadas adaptaciones de Benjamin Britten, pasando por la totalidad wagneriana o la peculiar sofocación de la voz femenina en el verismo? ¿Es indiferente que un libro quede registrado electrónicamente o se presente de un modo cinemático?

Podríamos seguir planteando indefinidamente estas preguntas. La de Kant por el libro, sin embargo, se encuentra en un lugar muy concreto: su exposición del derecho privado, entre la pregunta por el dinero y los modos de adquisición de los objetos —adelantándose con ello a lo que ahora llamaríamos la industria cultural—, y, en ese extraño contexto para un libro (pero no más extraño que la biblioteca ciega en la hipálage de Borges), la visibilidad y la publicidad condicionan los sentidos de la recepción, tanto como la comprensión, de quien habla (¿o canta?) para un público. ¿Deben ser los libros visibles, o audibles, y públicos? ¿No hay enseñanzas esotéricas además de exotéricas, libros apócrifos, pseudoepigrafía? ¿Admite el derecho privado, en algún artículo de su ordenamiento, la soledad y el silencio más o menos responsables o sensibles del lector, como los que san Agustín descubrió en Milán una mañana al ver a su maestro leyendo? En la entrada de $\beta\acute{\iota}\beta\lambda\omicron\varsigma$ (*bíblōs*) en el diccionario leemos que la palabra designaba la corteza interior del papiro —la membrana de *liber* en latín, etimológicamente emparentada con “libre”—, con la advertencia de que traducirla por el familiar “libro” no debe hacernos olvidar que probablemente fuera para los griegos una palabra bárbara, si vale el oxímoron. El *Fedro* platónico ha registrado escrupulosamente todas estas inquietudes. En la primera entrada de *Cultura y valor*, fechada en 1914, Wittgenstein observaría el paso del “balbuceo inarticulado” (*unartikuliertes Gurgeln*) al habla. Las lenguas de fuego del Espíritu en Pentecostés despejan la confusión de Babel.

¿Qué es, entonces, un “gran libro”? Nuestra Escuela de Grandes Libros está pensada para plantear esta pregunta como la primera de muchas preguntas por el origen y desarrollo de la escritura y la lectura, por la manifestación literaria de “autores” que no solo se han dirigido a un público sino que, desde el principio, han formado el gusto de la comunidad textual y le han proporcionado, mediante la elaboración de un lenguaje común, el dialecto mismo de la vida, pero lo han hecho configurando, entre las otras cosas del mundo, un objeto que llamamos libro. (En la topografía del lenguaje hay colectivos humanos sin libro y solo poniendo entre paréntesis el futuro editorial es imaginable que esos colectivos hayan quedado atrás en la evolución de la vida civilizada.) Los estudiantes irán encontrando, como en los programas de Grandes Libros que preceden al nuestro y lo inspiran —el de Columbia,

¹ IMMANUEL KANT, *Metaphysik der Sitten*, Akademie Ausgabe, VI 289 (“Was ist ein Buch?”). Tomaremos prestada de Kant la frase central de su pregunta por la Ilustración para hablar del “mundo de lectores” (*Leserwelt*, AA, VIII 37). La Akademie Ausgabe está disponible online en <https://korpora.zim.uni-duisburg-essen.de/Kant/verzeichnisse-gesamt.html>.

el de la Universidad de Chicago y, sobre todo, el del St. John's College en Annapolis—, una lista de lecturas que han procurado ser lo más liberales posible. Resulta difícil hablar de (*i. e.* leer) los grandes libros sin tener en cuenta lo que Goethe, una figura central en nuestras consideraciones, llamó *Weltliteratur*, “literatura universal” (un concepto que Marx pudo incluir rápidamente en su análisis del fetichismo),² o sin seguir el rastro conceptual que vincula lo que los griegos llamaron *logos* con lo que muy pronto, gracias a las posibilidades de la traducción —en la que los griegos mismos no pensaron— se convirtió en *scriptura* e incluso en escritura sagrada. ¿Dicen lo mismo *logos* y *verbum*? ¿Se pierde el aura de la sacralidad con la traducción? El primer versículo del Evangelio de san Juan parece concebido para darle a los fragmentos del “libro” de Heráclito una ordenación definitiva que supere las tentativas del comentario con el privilegio del enunciado.³ Cualquiera que sea la distancia que la Revelación interponga entre el Espíritu (con mayúsculas) y los lectores, la educación liberal que Platón menciona por primera vez en la Carta VII es indisociable de una comunidad (διὰ δὲ ἐλευθέρας παιδείας κοινωνίαν, 334 b), que, aunque pueda necesitar la mediación de una institución interpretativa (desde las escuelas imperiales de retórica a la propia Iglesia católica, núcleo de las universidades, o el mundo de lectores), no puede perder nunca de vista el sentido de la humanidad o de las humanidades: reconocer al hombre en el hombre, por citar de nuevo a Wittgenstein. No es fortuito que “humanidades” siga remitiendo a la literatura en general y que la última denominación que recibió, antes de las destrucciones y deconstrucciones del siglo XX, fuera la de “Ciencias del Espíritu” (*Geisteswissenschaften*). Las tentativas de los Estudios Culturales contemporáneos no han borrado de su genealogía que *cultura* fuera la palabra con la que su inventor, Cicerón, atento lector de Platón, renunció a traducir la palabra “filosofía”, pudiendo de este modo conservarla (*Tusculanas* II 13).

² Veinte años después de las conversaciones con Eckermann en las que Goethe acuña el término de *Weltliteratur*, Marx se sirve de él en el *Manifiesto comunista* en relación a los procesos de globalización que el capitalismo está acelerando. Goethe entendió que la novedad de los tiempos consistía en la consolidación de un espacio literario mundial en el que las literaturas nacionales se integraban por sus mutuas interferencias, influencias y conflictos. Consideró que ese proceso redundaba en un enriquecimiento de todas ellas y entendió que había que favorecerlo. Marx coincidió con el diagnóstico goethiano del advenimiento de la *Weltliteratur*, pero interpretó este fenómeno en el contexto de los procesos de globalización que el modo de producción capitalista estaba imprimiendo a la economía. Las menciones de la literatura que aparecen en este sentido en el *Manifiesto comunista* la comprenden en términos de *bienes espirituales*, mercancías sometidas a los mismos procesos de producción e intercambio que los bienes materiales. Marx pronosticó por la expansión global del capitalismo una paulatina homogeneización de esos bienes. En las investigaciones de T. W. Adorno y M. Horkheimer a mediados del siglo XX en torno a la industria cultural se puede encontrar una ratificación de tales pronósticos y un fino análisis de la función ideológica y estabilizadora de los bienes espirituales cuando quedan reducidos a meras mercancías.

³ Desde su articulación en lo que la tradición ha preservado como el libro de Heráclito (Agustín García Calvo se refirió expresamente al “libro” de Heráclito en su memorable *Razón común. Edición crítica, ordenación, traducción y comentario de los restos del libro de Heraclito* [Lucina, Madrid, 1985], pero no pensamos en el “libro”, sino en el “poema” de Parménides), el término *logos* ha ocupado un lugar central en el pensamiento occidental. Atraviesa toda la filosofía clásica y se sitúa al principio de la escritura evangélica con san Juan. “Filología” es solo un modo de aceptar que, sea lo que sea el Logos, exige algo que los seres humanos no han logrado captar del todo. La última de las grandes “personalidades filológicas” —Nietzsche— lo pondrá de relieve en el inicio mismo de su cuestionamiento: *Homero y la filología clásica*.

Hay algo de menoscabo en recordar, con esta perspectiva, la lectura de Alonso Quijano o el “donoso escrutinio” y representarnos el público de Shakespeare en *The Globe*, y estamos tentados de darle la razón a los grandes críticos del bardo, desde el doctor Johnson a Charles Lamb o Harold Bloom, cuando insisten en que hemos de leer a Shakespeare, no verlo ni oírlo sobre la escena o en el cine. Emerson observó, sin embargo, que Shakespeare había escrito el texto de la vida moderna y que era él quien leía a sus lectores y no al revés. La vana disputa entre los partidarios de Cervantes y los de don Quijote no ayuda a leer mejor de lo que leían los novelistas ingleses, de Fielding y Sterne a Dickens, que se negaron a aceptar la patética desaparición del caballero andante del mundo de lectores. De una manera tangible que no podemos separar del placer de la lectura pensamos en Borges como el lector natural de los Grandes Libros.

Sin embargo, el desencanto de don Quijote es la expresión literaria del desencanto mayor del mundo mediante la ciencia —el famoso diagnóstico de Max Weber—, que hizo del gran libro de la naturaleza el libro por antonomasia de la época moderna, relegando al olvido bibliotecas enteras. Pensemos, por ejemplo, en Descartes y la biblioteca de La Flèche, en el *more geometrico* de Spinoza frente a la gramática hebrea y la *scriptura*, en Próspero desprendiéndose de un libro cuando abjura de la magia. Merece la pena recordar el no menos famoso pasaje de Galileo:

La filosofia è scritta in questo grandissimo libro che continuamente ci sta aperto innanzi a gli occhi (io dico l'universo), ma non si può intendere se prima non s'impara a intendere la lingua, e conoscer i caratteri, ne' quali è scritto. Egli è scritto in lingua matematica, e i caratteri son triangoli, cerchi, ed altre figure geometriche, senza i quali mezi è impossibile a intenderne umanamente parola; senza questi è un aggirarsi vanamente per un oscuro laberinto.⁴

¿Son comparables, en un mismo registro de lectura, en una misma categoría de Grandes Libros, los *sichtbare Sprachzeichen* que constituían el libro kantiano con los *caratteri... in lingua matematica* del libro de Galileo? ¿Forma parte de esa lengua la metáfora del *oscuro laberinto* (que no necesita traducción al español y que no sería difícil encontrar en culteranos y conceptistas)? Que todo cuanto tenga que ver con la ciencia, con la comprensión humana, no haya podido desprenderse de la melancolía es, en cualquier caso, una clave de lectura de los modernos que no serviría para entender a los antiguos. El gran libro de la naturaleza puede estar escrito en caracteres matemáticos, pero los caracteres de las *historias*, el plural con el que se presenta desde Herodoto una serie de investigaciones que van alejándose de la naturaleza (Sócrates aún emplea la palabra en el momento decisivo de su segunda navegación), exigen una disposición de ánimo liberal capaz de albergar lo que va quedando atrás conforme se avanza. En este sentido, la mentalidad ilustrada de Edward Gibbon, cuya *Historia de la declinación y caída del Imperio romano* constituye un *master text* de la escritura histórica, encontraría en las sucesivas divisiones constitutivas del Imperio la unidad de civilización en la que su libro, su gran libro, aspiraba a colmar las lagunas de la transmisión textual.

Cualquier estudioso de Bizancio, desde sir Steven Runciman hasta Averil Cameron, podría objetar que, al menos, la segunda mitad de la *Declinación y caída* no colmaba todas las lagunas. Gibbon publicó la primera entrega de su gran libro en 1776,

⁴ *Il Saggiatore*, en *Opere di Galileo Galilei*, Ricciardi editore, Milán, 1953, disponible en https://sites.icmc.usp.br/andcarva/Il_Saggiatore.pdf. Poco antes Galileo desdeña que la filosofía “sea un libro y una fantasía humana, como la *Iliada* y el *Orlando furioso*, libros en los que lo menos importante es que lo escrito sea verdadero”.

una fecha crucial en el desarrollo de la historia de los Grandes Libros: Goethe se convertiría en funcionario del pequeño ducado de Weimar, alejándose desde entonces de *Werther* y acercándose a *Fausto*; Hume moriría tal vez demasiado joven, dejando una *Autobiografía* tan sucinta como ejemplar que impedía toda retractación; un envejecido Rousseau publicaría las *Ensoñaciones del paseante solitario*, un Diderot cada vez más radical y no menos solitario se asomaría a la vez a la historia antigua en su *Vida de Séneca* y al nuevo mundo en la *Historia de las dos Indias*, los Estados Unidos de América declararían su independencia —tal vez más semántica que política— y Adam Smith publicaría *La riqueza de las naciones*, el gran libro del capitalismo. La reacción no se hizo esperar y, entre la Declaración de Independencia de Thomas Jefferson y la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, el Gran Estilo se apoderó de todas las producciones del espíritu. La declinación y caída en la que Gibbon veía una convocatoria de los estados generales de Europa acabaría propiciando una *Decadencia de Occidente* que podría invertir el destino de los Grandes Libros: en lugar de captar lectores, los lectores han ido prefiriendo otros signos en otros lenguajes y, tras la totalidad de la Ópera (la obra por antonomasia) y el gran experimento cinematográfico, los vemos entre nosotros refugiados en el ensimismamiento de las innumerables series de internet. La obsesión de Griffith por Dickens se ha reducido a la adaptación de *La isla misteriosa* de Verne en la popular y nada despreciable *Lost*.

Sin embargo, los Grandes Libros se mantienen. No son el Libro Único, no son el Gran Libro de la Naturaleza, no son el Libro de la Vida ni “los demasiados libros” que Gabriel Zaid contabilizó. La desafortunada expresión de “las religiones del Libro” no ha obliterado la interpretación de las simpatías y diferencias, del círculo de la hermenéutica se sale con cierta facilidad y las leyes inmisericordes de la necesidad logográfica, como escribió un comentarista de Platón, siguen siendo saludables. Los seres humanos aprenden de muchas formas y aprender leyendo es una de ellas. Aprendemos leyendo cuando reconocemos que no sabemos y que alguien sabe y que su saber se ha plasmado por escrito; quién sea ese alguien que aumentará nuestro saber (literalmente el autor) y dónde se encuentran sus enseñanzas son, en sí mismas, preguntas que nos orientan al buscar a los mejores maestros, a quienes nos enseñan a leer cuando nos leen.

La Escuela de Grandes Libros es la continuación natural del estudio de las Humanidades y una preparación adecuada para su desempeño en la vida. La lectura de los Grandes Libros —atenta, exigente, lenta, significativa, inolvidable— es la prueba de todo estudiante, que se mide con el material mismo del que está hecha la cultura: el libro, los Grandes Libros.

La Escuela de Grandes Libros ofrece un plan de estudios centrado en los Grandes Libros y en las grandes conversaciones que esos libros han suscitado a lo largo de la historia. Para ello irá poniendo a disposición del estudiante una lista de libros que incluyen obras clásicas de filosofía, literatura, ciencias sociales y políticas, historia, religión, economía, física, biología, astronomía, estética, música o lingüística y todos los recursos técnicos necesarios para llevar a cabo los seminarios online, puesto que nuestra pedagogía se adapta perfectamente al formato virtual del webinar, en el que es posible la conversación con los participantes. El libro fue desde el principio una nueva tecnología y no ha dejado de serlo.

Los seminarios de Grandes Libros (*Great Books*) de John Erksine en la Universidad de Columbia (que comenzaron en 1917 y aún se mantienen en su *Core*

Curriculum) inspiraron el experimento fundacional de la educación liberal superior en los Estados Unidos. Mortimer Adler, alumno de Erksine, los implantó junto con Robert Maynard Hutchins en la Universidad de Chicago en los años treinta del siglo XX y el St. John's College de Annapolis les daría su máxima expresión a partir de 1937, coincidiendo con la llegada de Jacob Klein a su decanato. El Nuevo Programa de Grandes Libros desarrollado por Stringfellow Barr y Scott Buchanan constituye el corazón mismo de esta comunidad de aprendizaje que sumerge a sus estudiantes en la lectura de los Grandes Libros y en una conversación entre ellos. Con una oferta de estudios de pregrado y cuatro modalidades de titulación en Artes Liberales de cuatro años de formación, el St. Johns's College es la institución educativa de referencia en la implantación del programa de Grandes Libros en el mundo. El éxito de su planteamiento ha permitido la apertura en 1968 de una segunda sede en Santa Fe (Nuevo México) y favorecido la proliferación de los *Liberal Arts Colleges* en los Estados Unidos, siendo actualmente muchas las universidades que ofrecen el programa de Grandes Libros, con distintos nombres, entre sus planes de estudio común a todos los grados, con una notable aceptación por su elevado índice de impacto en el factor de empleabilidad de los estudiantes. Cursar un programa de Grandes Libros hace de los estudiantes mejores personas y profesionales más capaces, cualquiera que sea su orientación en la vida. Esa era la idea de la virtud.⁵

El objetivo general de la Escuela de Grandes Libros es aprender leyendo. Leer no es fácil, por extendida que esté la alfabetización. Leer Grandes Libros es más difícil aún por la distancia que separa a los jóvenes lectores de las lenguas originales, de los contextos históricos, de los materiales y los soportes con los que el libro ha ido adquiriendo su forma, una forma que no es definitiva y admite su traslación: un libro, insistimos, siempre ha sido una nueva tecnología. Captar que la traducción es la *lingua franca* de la cultura es indispensable. Reconocer las distintas formas de la autoría literaria, los géneros, los recursos, la constitución del público y del gusto, la sensibilidad y la recepción, la poética y la estética y las sucesivas deconstrucciones del sentido hacen del lector un experto que aún necesita, como advierte Sócrates a Fedro, escribir en su alma lo que lee. Aunque en muchos casos leer es una mediación instrumental, la verdadera finalidad de la lectura es convertirse en una forma de vida: la persona que reserva una parte de su tiempo a la lectura de los Grandes Libros adquiere una experiencia ulterior y una distinción en las relaciones humanas. Lessing llamó a todo esto *Zärtlichkeit*, delicadeza.

⁵ Véase AVI I. MINTZ, *Plato: Images, Aims, and Practices of Education*, Springer, Cham, 2018, p. 43: “Lo que estos seminarios [Columbia, Chicago, St. John's] tenían en común era que se basaban en la creencia de que a) los estudiantes aprenderían mejor participando en conversaciones, b) que participar en esas conversaciones cultivaría la clase de disposiciones que capacitaría a los estudiantes para reflexionar críticamente sobre otras exigencias e ideas que encontrarán tanto dentro como fuera del aula y c) que esas discusiones arraigaban en un *gran* texto compartido y estimulante”. Para la relación entre los Grandes Libros y la educación liberal, véanse los seminarios de Grandes Libros de la torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados: <https://www.youtube.com/c/LatorredelVirrey/videos>.